



GAGA presenta:

Jay Chung & Q Takeki Maeda

Del 30 de mayo al 5 de julio 2014.

Cuando se murió Franzi mis hermanas y yo teníamos que ver qué íbamos hacer con sus cosas. No se como pero mis hermanas se desaparecieron y pusieron de pretexto que no tenían tiempo y que como yo me había mudado a la casa entonces yo tendría suficiente espacio para guardarlo todo. Yo les dije que no era como si yo viviera en un castillo. Tengo a Anni y a Marta. No es como que mi sótano fuera mas grande que el que ellas tenían en Munich. Por qué no lo tiramos todo? De hecho hay hasta compañías que se encargan de hacer ese tipo de cosas. Si, me dijeron, pero primero había que ver que rescatábamos. Yo les dije que no quería quedarme con cosas. Mi hermana nada más levantó los ojos. Al final todo acabó en mi bodega y estuvo ahí guardado un buen rato -años- tiempo durante el cual ni una de mis hermanas se paró a escoger lo que quería. Eventualmente Anni me empezó a hartar diciéndome que no había ningún lugar para guardar las bicis durante el invierno, que todo nada más estaba cubriéndose de polvo y que por qué no les marcaba a los de la basura ya para acabar con esto de una vez por todas. Esto me sonó muy razonable sólo que querían 500 euros para llevarse todo. Le dije al señor por teléfono que todo estaba en un mismo lugar. Entonces me dijo que para la chamba necesitaría dos hombres y la van, y en una de esas hasta un camión. Le dije que estaba loco. El me contestó que por qué no escogía lo mas valioso de entre las cosas y lo vendía por Ebay. Y con eso no solamente sacaría dinero para pagar la mudanza sino que también habrían menos cosas que llevar y eso reduciría todavía más el costo. No era mala idea. Colgué y bajé al sótano a revisar las cosas de Franzi, todo tendido bajo una capa de polvo. Ella había guardado todo lo que le había regalado mi mamá y además un buen de cosas medio rotas que jamás se iban a vender. Todos los utensilios de cocina no valían nada. Toda la ropa era de catálogo. Después de un rato decidí que a lo que había que apostarle era a los muebles. Podía sacarles fotos ahí mero sin tener que arrastrarlos hacia arriba y así tampoco tendría que meterme a usmear a ver que más encontraba. Su mal gusto me trajo muchos recuerdos. Le saqué foto a una mesa que podría usarse como escritorio y a unas sillas de madera que no estaban en tan mal estado. Luego encontré algunas joyas que también fotografié. La mesa la vendí como por 70, las sillas ni por un euro salieron, y la joyería se fue por unos míseros 10 euros. Tenía que bajar de nuevo a echarme un segundo round. Esta vez encontré cosas más pequeñas y finalmente el esquinero. Esta vez le pedí a un amigo que apostara con su cuenta de Ebay porque si se iba a vender por 10 euros entonces no valdría la pena encontrarme con el comprador y hacer toda la transacción. Esto era de recogerlo en persona para que así no lo tuviera yo que empacar ni llevarlo a la oficina de correos, pero pues de todas maneras. Entonces con mi cuenta y con la de mi amigo alcanzamos a que la cifra subiera hasta 68 euros. No le seguimos subiendo porque tampoco queríamos quedárnoslo. Siento que era más que justo dejarlo ahí. Pagó en línea y lo único que quedaba era que fuera a mi casa y conocerlo. Le hice saber que era medio grande y que debería traer a alguien para que le ayudara a cargarlo (no le tenía que decir esto porque tampoco pesaba tanto y se le podía quitar la puerta de cristal y así se podía cargar más fácil aunque fuera un poco más estorboso). Unos días más tarde llegó en una camioneta rentada cubierta de publicidad color verde. No estaba muy difícil adivinar que era él. Acá en las afueras sabes qué ti-

pos de autos andan por la calle, y ésta pues ni siquiera llegaba a eso. Pero de todas formas sabía que era él. A través de la ventana de la cocina vi como se estacionaba. Era joven, chino, o más bien vietnamita. O quizás tailandés. Estaba bien flaco entonces supuse que le iba a tener que ayudar a subir el mueble a la camioneta. Cuando abrí la puerta me explicó quien era el en un alemán terrible. Lo guié hasta el sótano y le enseñe el esquinero de Franz. Aquí está, le dije. El abrió la puerta del mueble y lo revisó. Me daba miedo que no se lo fuera a llevar y le expliqué que los rayones se podían cubrir con un poco de cera. Me dijo que no le importaba. Y luego dijo otra cosa en alemán pero ahí si no le entendí nada.